

De la Literatura al Servicio del Pueblo

La Muerte del Poeta de España: Antonio Machado

(Tomado de Repertorio Americano)

Cerca de Figueras, en las fértiles llanuras del levante catalán, se alza una antigua masía construida por campesinos del siglo XIII. En la parte baja, el establo con un cálido olor de estiércol. Arriba, la enorme cocina de grandes vigas y cañeros de cobre colgados sobre un hogar en cuya lumbre se ha cocido el pan de veinte generaciones. Fue éste el refugio donde Antonio Machado, el poeta más noble de España y uno de los pocos escritores clásicos de nuestro tiempo, pasó sus últimas horas bajo un techo español, en la noche que siguió a la caída de Barcelona (el 7 de enero de 1939). A modo de improvisado homenaje—quizá no enteramente fortuito—cuarenta hombres y mujeres, salidos como Machado de Barcelona en el último momento, compartieron con el poeta el frío de aquella cocina. Cuarenta españoles yendo en la oscuridad sin esperanza de que la luz del alba les trajera un nuevo día, sino, más bien, una noche aun más oscura. Entre aquellos hombres se hallaban algunos intelectuales de primer rango que durante dos años y medio habían abnegado el trabajo de toda su vida y habían luchado por salvar la vida de la República, Pedro Ferrás director del Observatorio Astronómico de Madrid; Emilio Mira, psiquiatra de fama; J. Pous y Pages, Presidente del Instituto Catalán de Literatura; Enrique Rioja, naturalista; J. Roy-Gomer, geólogo; Joaquín Xirau, rector de la Universidad de Barcelona; Carlos Riba, uno de los mejores poetas catalanes y Tomás Navarro Tomás, director de la Biblioteca Nacional de Madrid y uno de los primeros filólogos del mundo.

Llovió toda la noche. De vez en cuando el eco sordo de un fusil, el zumbido de una bomba. Los hombres, en posiciones poco cómodas, se dividían las frías losas del piso; Machado, con el cuerpo encorvado, casi vencido ya por la enfermedad, esperaba sentado con las mujeres en los rústicos bancos de madera. Dos años antes había escrito a un amigo desde Madrid: "Soy viejo y enfermo, viejo, porque paso de los sesenta que son muchos años para un español (1); enfermo,

Antonio Machado y Manuel Machado, dos poetas españoles, tomaron caminos diferentes al estallar la revolución franquista. Antonio se quedó con el pueblo y aquí está este conmovedor relato de su salida de España y de su muerte, hecho por el escritor norteamericano Waldo Frank.

porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente su función. Pienso, sin embargo, que hay algo en mí poco solidario de mi ruina fisiológica, y que parece implicar salud y juventud de espíritu". Cuando en noviembre del 36 el gobierno ordenó la evacuación a Valencia, Machado habló con un grupo de amigos y camaradas. Les dijo que había ofrecido sus servicios a varios departamentos del ejército sin éxito alguno y explicó por qué, a diferencia de varios ilustres colegas suyos, no podía aceptar un refugio en el extranjero, uno de los muchos que le habían ofrecido en Europa, en Rusia, en América. "No hay más elocuencia en España que la del soldado. Es triste estar condenado como yo a la pluma. La única moneda con que podemos pagar lo que de bemos a nuestro pueblo es la vida".

No se habló mucho en aquella última tertulia que una generación de intelectuales celebraba en su España. Sin duda cada uno de los reunidos en la masía catalana, en la helada penumbra que unas pobres velas dibujaban sobre la humilde cocina, vería desfilar ante su mente los recuerdos de su vida plena y callada, como en el último momento de una lúcida muerte.

La noche siguiente fue la última que pasó Antonio Machado en España. No la pasó ni con sus compañeros ni bajo techo. A pie, con la gente humilde, marchó por los caminos bajo la lluvia. Tras ellos, muy cerca la amenaza de los fascistas. Unidos, apoyándose los unos en los otros para no caer, arrastrando sus cuerpos cansados, se aproximaban a la frontera. Aquello hombres y aquellas mujeres no podían encarar se con la mentira que ha de asegurar la vida al español

que permanezca en España. Muchos de los refugiados eran soldados heridos. Machado vio sus vendajes empapados por la lluvia; vio la carne desnuda, enferma ensangrentada; palpó la ropa mojada de sus compañeros. Allí habían niños en los brazos de su madre, había mujeres de edad avanzada. Una de ellas era la madre misma de Machado que nunca había querido separarse de él. El poeta, casi inválido, triste, sostenido de un lado por la mano de la madre, del otro por el brazo fuerte de su amigo Navarro Tomás, escapaba a la agonía de la España actual. Él se iba, sin embargo, dentro de otra España que ha de sobrevivirle; la de esta triste muchedumbre derrotada hoy, pero en la cual alentaban una fuerza de espíritu y una visión como la suya misma, que no pueden morir.

"Cuando halléis en más palabras una nota segura, firme—había dicho—sabad que estoy enseñándoos algo que he aprendido del pueblo".

Su salida de España, la muerte misma de Machado, tienen toda la realidad plástica de sus poemas. Sumergido en la angustia de millones de compatriotas, llegó a la frontera francesa... a la frontera política, porque la Francia amada por él, cuya lengua y literatura había enseñado durante cuarenta años para ganarse el pan, no podía tener fronteras. La de los alambres erizados de púas era la otra. Con sus soldados senegaleses de tez roja y cara negra, como una mancha en la oscuridad; con sus oficiales blancos que acababan de decir a esos senegaleses: "Hay que tratar a los españoles sin compasión"; ¡Era la Francia política! Machado la conocía bien. Ya sabía cómo su pueblo español había sido traicionado por la cobardía de León Blum que

no se atrevió a cambiar el rumbo de su nación con un acto inteligente, beneficioso, enérgico, como Daladier había de hacer dos años más tarde con un acto estúpido y vergonzoso. Conocía la demora vacilante de los grandes hombres los directores, mientras los pequeños llenaban las bolsas regateando los permisos para dejar pasar gota a gota, mediante el soborno parco cargamentos de municiones, nunca suficientes para una verdadera ofensiva leal. Sabía cómo los enormes depósitos de fusiles y bombas con los que Negrín había contado para la defensa de Cataluña habían sido detenidos en la frontera—sin saberse quién fue el traidor—hasta que fue ya demasiado tarde. (Los soldados de la España leal podían resistir una inferioridad de armamentos en la proporción de uno a cuatro, pero... la de uno a veinte terminó con ellos). Machado sabía también, sin poder sentir rencor hacia los pobres negros inocentes todo lo que de simbólico tenía la presencia de los africanos en esta escena de muerte... de la muerte de la gran Francia.

Estas últimas horas en el límite geográfico de su país, en el límite de una época mientras las mujeres frenéticas, roncadas de tanto gritar su dolor eran separadas de sus hombres, acorraladas como ganado al otro lado de la alambrada y la lluvia empapaba cuerpos ateridos y el eco de la fusilería fascista se apagaba a lo lejos, fueron, en rigor las últimas horas de la vida de Antonio Machado. En realidad su cuerpo aun no había sucumbido del todo. Algunos amigos encontraron un refugio para él y para su madre en un vagón de mercancías. Navarro Tomás llegó a Perpignan y volvió con dinero. Machado fue instalado en un pequeño hotel de Colliure. No había perdido ni la lucidez ni la serenidad de espíritu que eran suyas. Allí rodeado de las pobres comodidades que puede ofrecer una aldea francesa, murió. (Unos días después murió su madre).

(1) Machado nació en Sevilla en 1875.

Romance de Antonio Machado

por Carlos Luis Sáenz



ANTONIO MACHADO

Por la sierra pirinaica camina Antonio Machado; la madre anciana, le sigue, con un amigo a su lado.

Ya la noche envuelve a España en su lobreguez de espanto y las nieves de la sierra cortan los pies y las manos.

Antonio, plata el cabello, hermosa frente de nardo, con la anciana venerable va paso a paso, encorvado.

Soportando en sus espaldas, como valiente soldado, la parte de la desgracia común de su pueblo hidalgo.

Es uno más entre miles de payeses y soldados, que con amigos y madres el camino van andando.

Los laureles de su frente, con su vida bien ganados, valen como las heridas rojas, de los milicianos.

¡Ay! Le cuesta que sus pies ya lo vayan arrancando del solar que quiso libre y que peleó sin descanso.

Se le queda el corazón en el muro pirinaico hecho una luz de conciencia y para siempre brillando.

Siente que ya deja a España y que a Francia va llegando; su oído escucha el sentido olifante de Rolando.

¡Traición!, repiten las peñas y el paladín castellano, sabe esperar a la muerte en su conciencia arraigado.

Mas, no solo deja a España, que va con madre y hermanos, los verdaderos lo que lo sostienen en sus pasos,

Los que comparten la noche, el filo del viento helado, el camino de exilio y la misma sal de un llanto.

Cobra, en la noche terrible, claridad su alma de bardo; el verso de su entereza le da puntal acerado.

Va a salir de España al fin por el camino deseado: el camino del decoro con el pecho desgarrado.

Que si no hay luz, no hay España... y el español no es esclavo, y con el pueblo que sufre se muere Antonio Machado!

La nave que se lo lleva es este monte nevado, en donde la libertad su capitán lo ha nombrado.

El verso de su entereza se le cumple immaculado; no lleva más que su gloria de campeón de sesenta años.

"Como los hijos del mar, casi desnudo", va andando; ¡sin equipaje de sombras alza su frente de nardo!

Las manos que el viento hiela, dejan un surco en el campo; semillas de dignidad fué su tesoro regado!

¡Por la sierra pirinaica se nos fué ANTONIO MACHADO!

¡Iba con su noble madre y un leal amigo a su lado!

ZIG ZAG VESTA



Quien elige VESTA compra calidad

CASA VESTA
Contiguo Ferrería Borbón

Tel. 4 6 4 2

EL SINIESTRO PIRATA DEL MEDITERRANEO

JUAN MARCH, el último Pirata del Mediterráneo, ha ofrecido a Franco toda su fortuna para contribuir al pago de los gastos de guerra. ¡Con movedora generosidad del pirata, del tabur y rufián más siniestro de la España de Franco! Juan March, encarcelado por el gobierno republicano bajo la República, se fugó de la prisión para organizar y fi

nanciar la revuelta de Franco. Fue el intermediario entre la Junta de Brigos y Mussolini; el proveedor de armas. Se le vantó la más fantástica fortuna con el tráfico "patriótico". Esta misma fortuna es la que ahora ofrece al Gobierno musulmán que administra Franco. En cambio, al pirata se le devolverán todas sus propiedades, se le restituirán todos los monopolios con que explotaba al pueblo español, se le dejarán las manos libres para que lucre y robe en las casas de juego. Además, se le dará un título honorario, se le proclamará héroe "nacional" de la España "católica" y triunfal, de la España "Imperial", que aspira a "dirigir pueblos" y tutelar "espiritualmente" a la América. Hé aquí la generosidad del pirata, hé aquí a la España de Franco. Nuestro pueblo, no desea saber nada de esa España negra de mercenarios fascistas, de traidores, piratas y tahures!

los, etc. etc.
Tres de las primeras flotas del mundo son las de Inglaterra, Estados Unidos y la URSS. Este último país soviético posee dos poderosas escuadras: entre sí.

¿Dónde entonces el "nacionalismo" tranquilista permitiendo la invasión de Alemania e Italia en España y dónde la decisión de este fascismo en tierra ibérica "para salvar la civilización"?

"Nacionalismo" fascista en España

Las estadísticas y los datos concretos son los mejores argumentos. ¿Por qué el pardo fascismo está junto al "gobierno del Generalísimo" Franco? Veamos:

MATERIAS PRIMAS: Estados Unidos produce el treinta por ciento del mineral de

hierro que se obtiene en el mundo entero; Francia, el 21,5 por ciento; la U. R. S. S. el 11,1 por ciento; el Imperio Británico el 10,5 por ciento. Es decir, que estos países producen el 77,1 por ciento del total. ¿Cuál es la producción pardo-fascista? Alemania obtiene el 12,5 por ciento, el Japón

el 3,3 por ciento e Italia el 0,6 por ciento.

HULLA: Estados Unidos produce el 25 por ciento; el Imperio Británico el 20 por ciento; Francia el 3,8 por ciento; Alemania obtiene el 12,5 por ciento; el Japón el 3,3 por ciento e Italia el 0,5 por ciento.

PETROLEO: Estados Unidos produce el 62 por ciento; la URSS el 11,5 por ciento y el resto se obtiene en México, Venezuela y Rumanía; Ni Italia,

ni Alemania ni Japón tienen petróleo.

CAUCHO: El 92 por ciento del mundo se produce en el Imperio Británico, en Holanda y en Francia. No producen nada Alemania, Japón e Italia.

Del total de reservas oro existente en el mundo, Japón posee el 1,15 por ciento; Italia el 0,4 por ciento y Alemania el 0,1 por ciento. No habemos de carne, de los cerea